





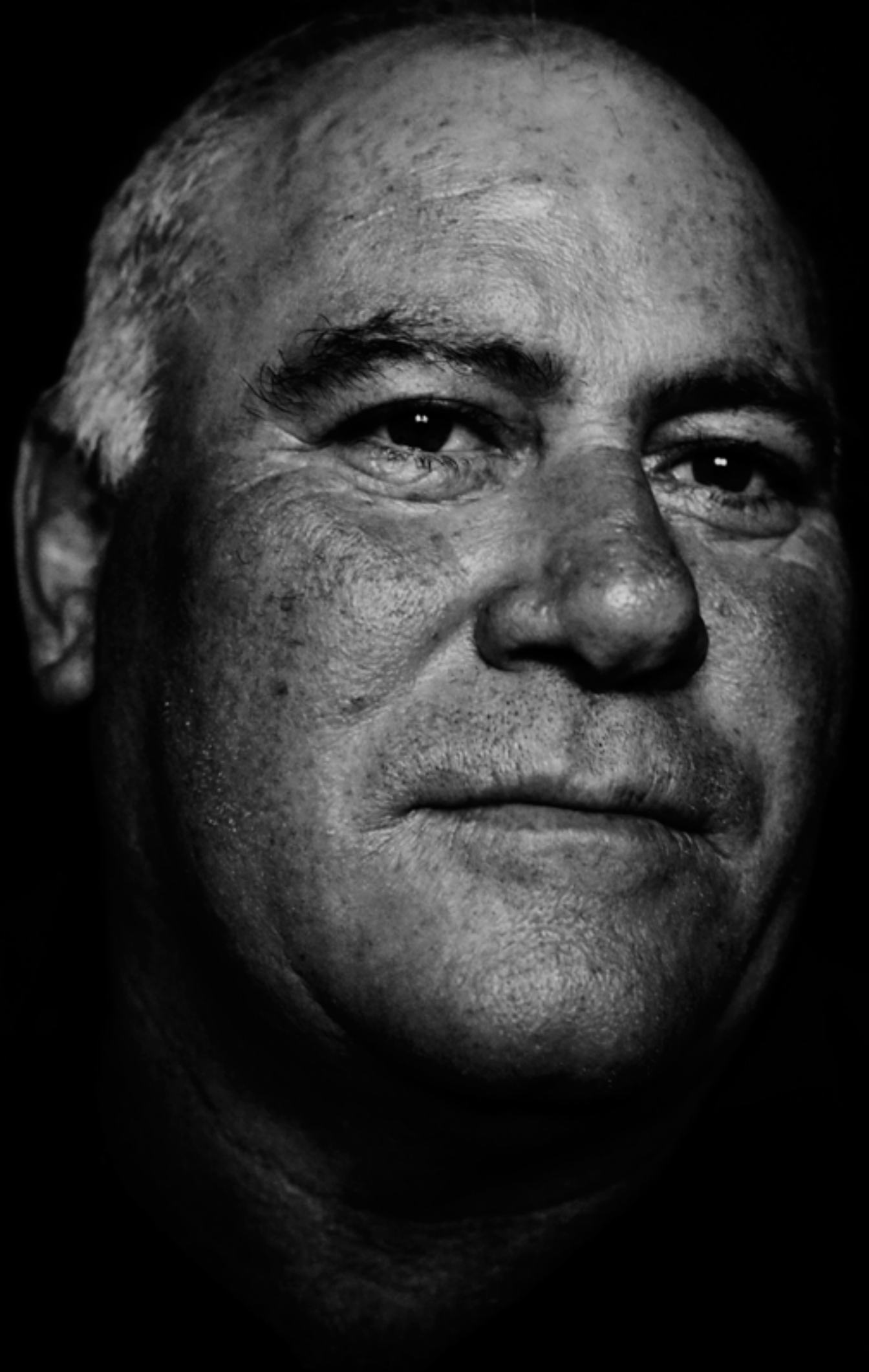












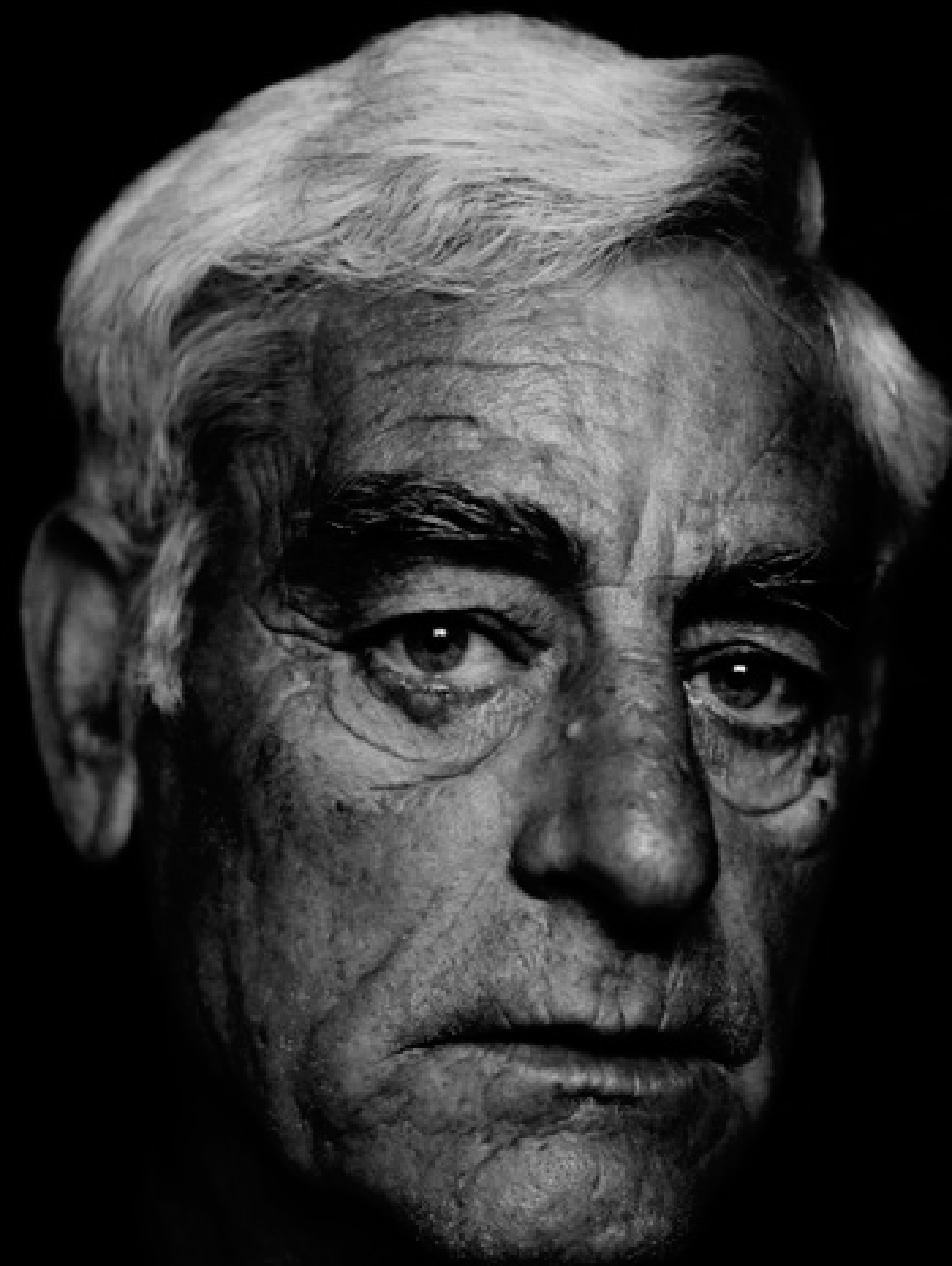


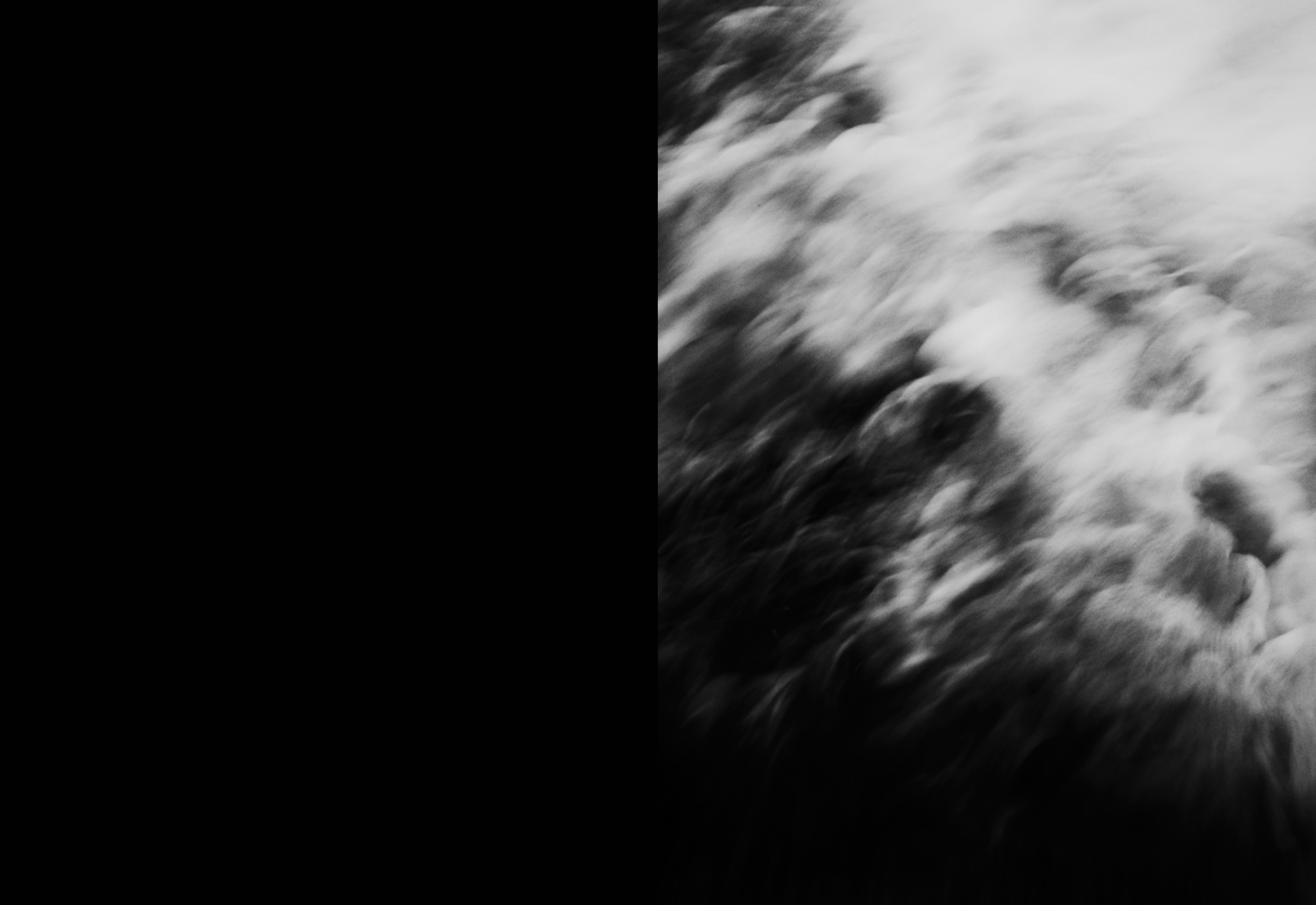




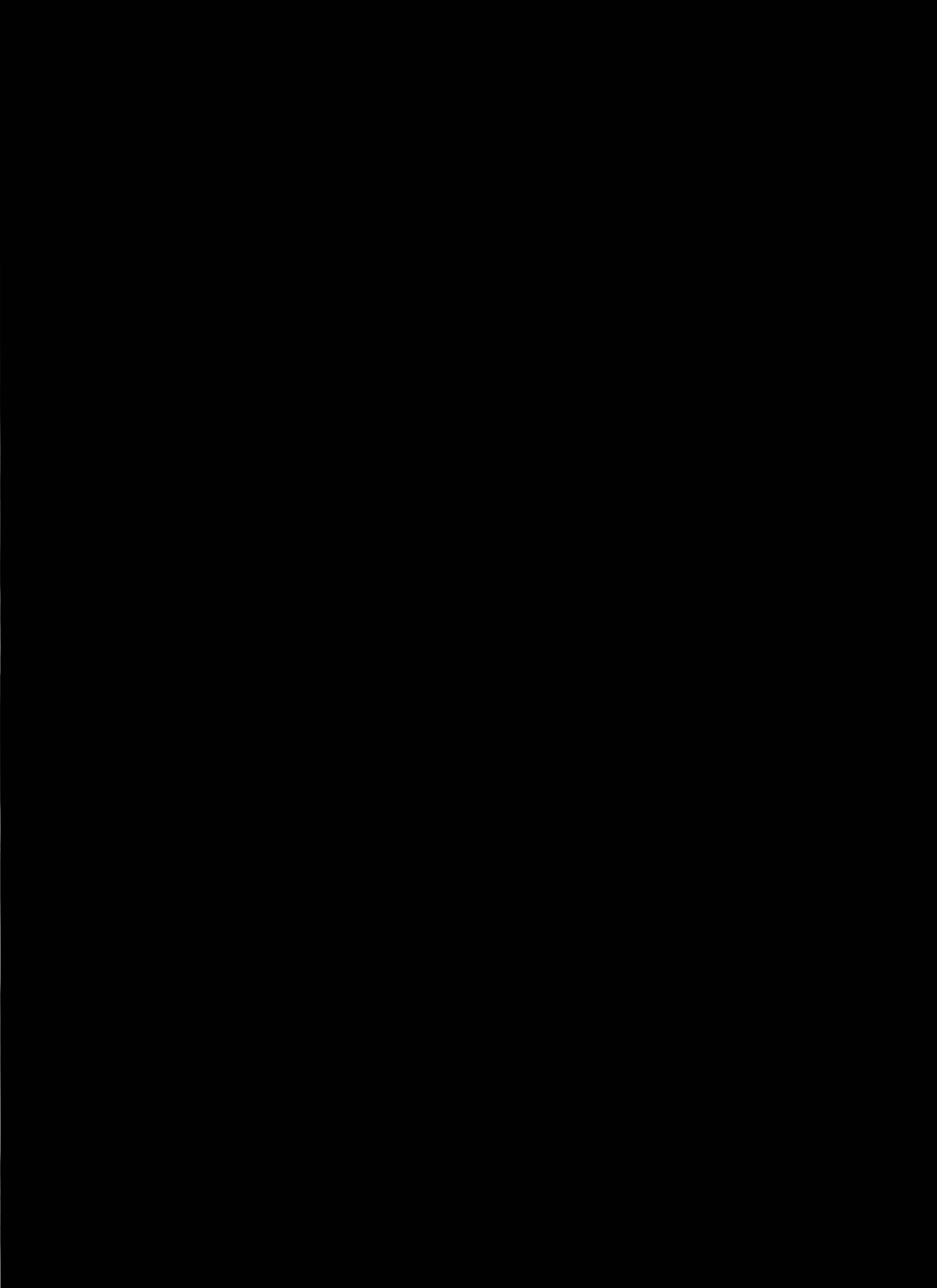


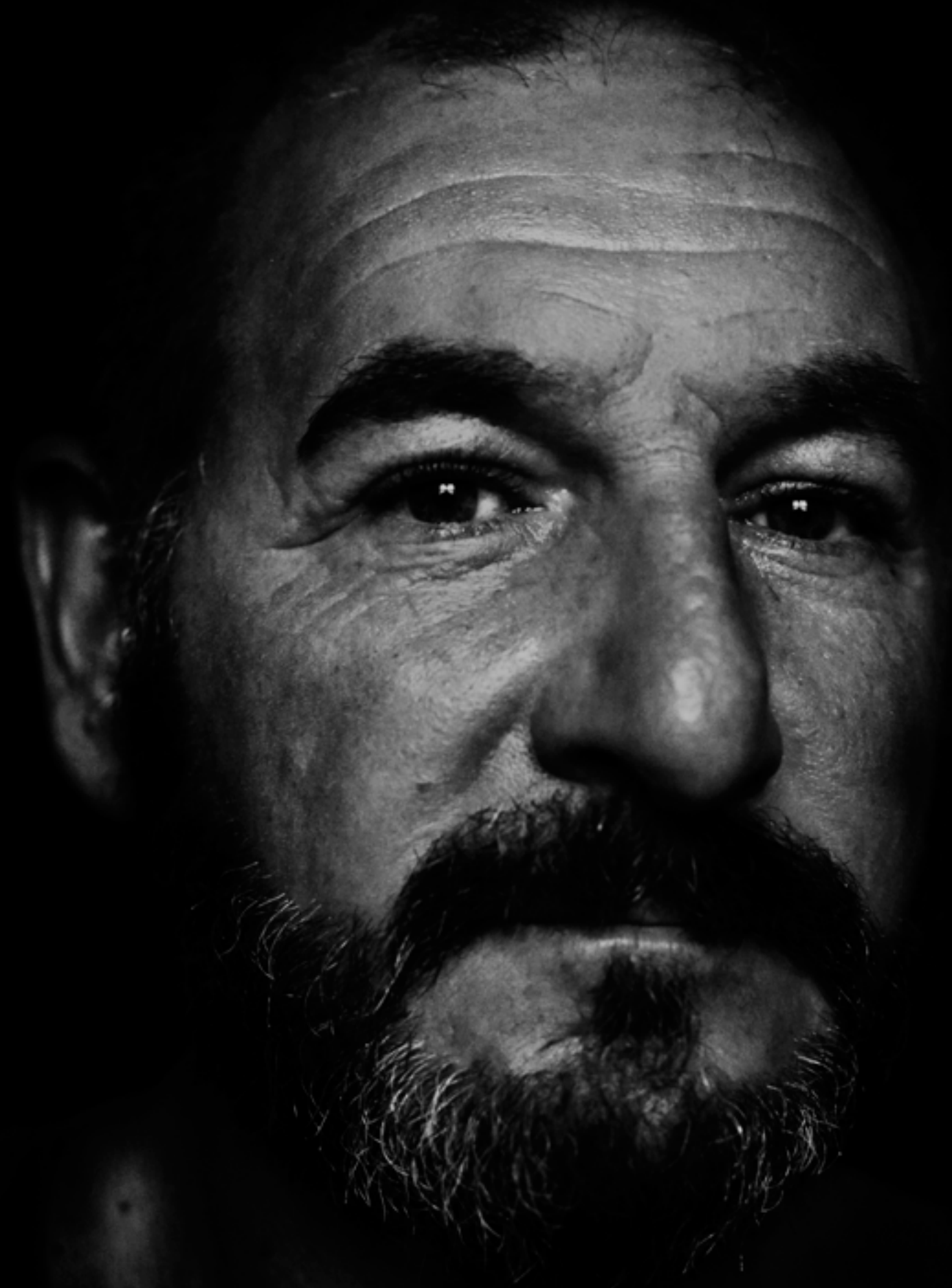














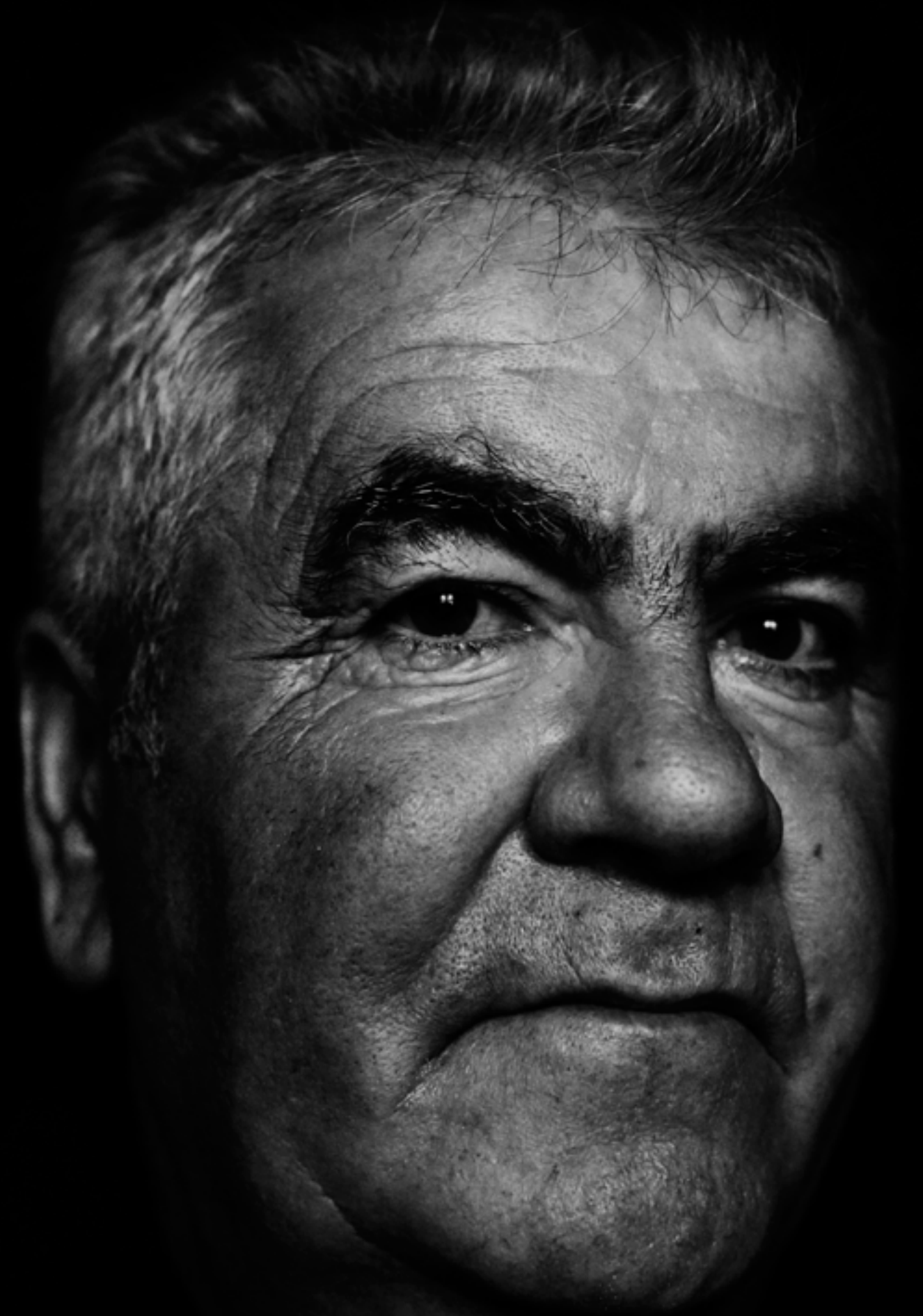


















Buscamos la sal. Sal que revienta la tierra, sal cuarteada de desierto. Nosotros buscamos la sal. Nosotros cruzamos las aguas, atravesamos el espacio entre los continentes, avanzamos ciegos mudos sordos hacia el calor, la profundidad del gran azul es nuestra velocidad, nuestra ausencia. No tenemos más opción que navegar, cuando nos llega la hora, porque allá al otro lado nos espera el reposo, siglos de agua templada y oscurecida, regazo submarino cristalizado, fondo abandono, descanso. Como Ulises a merced de las corrientes, sordos ciegos mudos y el instinto, buscamos la sal. Nosotros navegamos sin demora, cortamos el cristal atlántico, kilómetros de agua toda, animales sin frontera, reyes abisales, al canto de Parténape acudimos, porque no estamos sordos, porque no estamos ciegos, porque nuestro olfato es el único olfato del abismo, porque tenemos solo una voz, y es la voz del océano. Nosotros buscamos la sal, y también el calor, cuando llega la hora, al tercer mes, damos la vuelta al mundo, año tras año y siglo, al tercer mes navegamos, transitamos el océano helado, allá al final nos espera la luz. No hay animal más recio, no nos gana el escualo en perseverancia, ni la carne del mamut es dura en nuestro lomo, piel de roca brillante, pellejo de la plata. Cruzamos el espacio entre los continentes, único territorio conocido, y es nuestro escuadrón la única tempestad para sus aguas. Y se estrecha la tierra. Embudo de los mártires. Cañón de Gibraltar, camino incierto.

Dicen, los que conocen, que arriba, en la superficie, los soldados han madrugado. El sol todavía oculto y ellos ya braceando. Han orzado sus buques, risibles construcciones sin escamas, barcasas huecas con espina dorsal. Ellos saben de vientos y quieren dominar el infinito, las corrientes del monstruo que los mece y los agita, respiración marina de un mundo que no les pertenece. A palo seco se alejan del lugar de sus pies, orilla puerto. Soldados de la doma, gritan cruzando su derrota. Se dejan guiar por un capitán, de Medina Sidonia hasta el nuevo milenio, ese que se alza en proa, que recorre los mástiles con la mirada, capitán de la tierra que ahora emprende travesía con su flota. Allí donde se juntan los continentes, donde casi se rozan, fondean sus barcasas y caen hacia el abismo sus anclas traicioneras, clavarán las puntas en la arena negra, sujetarán sus barcos al hemisferio, guardarán el equilibrio de los dioses, puro músculo brazo y cabeza fría. Soldados ya sin tierra, marineros. Nuestro escuadrón es fuerte pero el suyo es de hierro forjado, músculo brazo y cabeza fría, la doma del valiente. Debajo de las aguas extienden la gran tela de araña, laberinto de red, hilos para la muerte y los vencidos. Nos han cerrado el cerco los almadraberos. Escuadrón minotauro, los reyes del abismo, nosotros, hemos cruzado el Atlántico despavoridos, y allá donde la luz, donde los dos continentes se acarician, comienza la batalla.

Porque ahora sí que estamos sordos ciegos y mudos, la cámara de la muerte nos acoge. Es un palacio vivo de paredes siniestras, chocamos con el agua chocamos con

la huida. Hace falta seguir al otro lado, romper trampa infinita, legítima y bichero, avanzar contra cuerpo, buche y bordonal, el reposo el calor mediterráneo, buscadores de sal. Algunos ya se escapan, ya han huido. Potente escuadrón bien adiestrado, instinto poderoso del océano. A lo lejos los vemos ya salvados, han sorteado la red, los han vencido. Llegarán a las aguas de Sicilia, acariciarán el plancton con sus vientres, darán a luz las hembras, recogidas. Pero solo unos pocos han sido los elegidos. Queda nuestro escuadrón, esfuerzo inútil. Los soldados de hierro, marineros, hacen ruido de pájaros, braman en un aullido, es ya la levantada. En una marea viva izan, viran, están cantando eufóricos. Nadie sabe luchar como nosotros, no estamos malheridos, agitamos los cuerpos como látigos, somos roca brillante y peligrosa, gladiadores en el copo, aleta contra aleta y el chasquido, máquinas submarinas, no podrán con nosotros, pero pueden, torpedos de las aguas, remolino. Quizá hayamos perdido. Hasta el último instante la pelea, no hay lugar para el muerto y el olvido. Esos hombres de hierro han levantado el mar. Alzan con duras manos nuestras profundidades, en medio del Estrecho recogen en cuenco nuestras aguas, solo quedan los gritos y la espuma violenta, convierten lo imposible en lo posible, izan al aire turbio nuestro reino, suben nuestras aletas con bravío, tempestad superficie, tormenta alada. Encierro de las redes. No hay batalla naval más despiadada. El capitán ordena y los soldados arrancan los atunes de la mar. De sus ganchos las puntas tan clavadas, el músculo plateado ya se enfrenta, mano de hombre y garra en la carne sajada de los gladiadores. Soldados ya de hierro por la sal, bruñidos al calor y a la agonía, nos izan, marineros, dioses casi invencibles, nos izan, pescadores, nos levantan, nos arrancan del mar, hombres de la almadraba, halarán la red y la conquista. Queda la espuma blanca que ya es roja, quedan los remolinos de las aguas, sangre de atún, sangre de rey hundido, titanes nuestros cuerpos ya vencidos arriba en las cubiertas, abajo solo silban ya las anclas, que levarán a golpe de victoria, soldados malheridos también ellos, escuadrón de las aguas, aparejo, han salido de noche de su orilla, han cruzado el mar en sus navíos, han detenido el tiempo y la corriente, un año más, el mes tercero, encuentro de la plata, brillo blanco y mar rojo, van a volver a casa, y con ellos nos llevan.

Lara Moreno

We search for salt. Salt which shatters the earth, cracked desert salt. It is we who seek salt. We cross waters, traverse the space between continents, move forward blind-mute-deaf seeking warmth. The depth of the big blue speeds us forth, it is our absence. We have no choice but to sail ahead when our time comes, as rest awaits us there on the other side, centuries of mild, darkened water, a crystallized underwater lap, seabed, abandon, respite. Like Ulysses at the currents' mercy, deaf-blind-mute and instinctive, we search for salt. We navigate forthwith, we slice the Atlantic crystal, kilometers of water everywhere, animals without borders, kings of the abyss. We answer the call of Parthenape's song, because our sense of smell is unique at these depths, because we share one single voice, and it is the voice of the ocean. We search for salt, and for warmth, too, when the time comes, in the third month, we circle the world, year after year, century after century. When the third month comes we sail, we span the icy ocean, and there at the end the light awaits us. There is no animal as hardy, the shark's determination no greater than ours, nor is the mammoth's meat as tough as our flesh, skin like a glistening rock, sheaths of silver. We cross the space amid continents, the only territory we know, and our squadron whips up the sole storm in its waters. Then the land grows narrow. A funnel of martyrs. The canyon of Gibraltar an unsure path.

Those in the know say that up there, on the surface, the soldiers have woken early. The sun still hidden, they toil away already. They've luffed their vessels, laughable structures without scales, hollow barges with backbones. With knowledge of winds, they long to master infinity, the currents of the monster that rocks and tosses them, the sea's breath blown from a world to which they do not belong. They head straight out from their footholds, at seashore and port. Soldiers who tame beasts, they cry out as they set course. They are led by a captain, from Medina Sidonia till the turn of the millennium, standing tall at the bow, his gaze pondering each mast, a land army captain now setting sail to begin his fleet's crossing. At the point where the continents meet, where they nearly touch, they moor their boats and drop their treacherous anchors, they sink the tips into the black sand, fasten their vessels to the hemisphere, they keep the balance of the gods, sheer muscle, arms and cool heads. Now they are landless soldiers, sailors. Our squadron is strong, but theirs was forged in iron, muscle, arms and cool heads, the taming of the valiant. Under the waters a vast spiderweb stretches out, a labyrinth of nets, threads crafted for death, for the defeated. The *almadraba* fishermen have closed the fences around us. The Minotaur's squadron, kings of the abyss, it is we who have crossed the Atlantic fearlessly, and there, where we see the light, where the two continents embrace, the battle begins.

Because now we are truly deaf-blind-and-mute, the chamber of death welcomes us in. It is a living palace of sinister walls. We collide with the water, collide with our

own escape. We must swim towards the other side, break these endless traps, the *legítima* and the *bichero*, struggling against the maze of *cuervo*, *buche* and *bordonal*, our respite the Mediterranean warmth, seekers of salt. Some have now escaped, have fled. A strong, well-trained squadron, powerful ocean instinct. In the distance we see they have been saved, have slipped through the net, have won. They will reach the waters of Sicily, caress the plankton with their bellies, give birth to females, tucked away in safety. Just a few become the chosen ones, however. Our squadron is left behind, futile effort. The iron soldiers, sailors, make birdlike noises, they bellow into a howl, as the raising of the nets begins. In one living tide, they hoist, they veer, they sing with bliss. Nobody can fight as well as us, not yet mortally wounded, we twist our bodies like whips, we are glistening, hazardous stone, gladiators in the final net, fin against fin, splashing, underwater machines. They are no match for us, but then they are, torpedoes in the water, a whirlpool. Perhaps we have lost. Until the final moment we struggle, no room for the dead, for oblivion. These iron men have raised the sea itself. They lift up our depths, amid the Strait they cup our waters in their firm hands, all that remains is screaming and violent sea foam. They make the impossible possible, they hoist our kingdom into the gloomy air, raise our fins savagely, storm surface, a torment of fins. And the nets close in. No naval battle is as merciless. The captain gives the order, and the soldiers pluck the tuna from the sea. On their hooks such sharp tips, our silvery flesh must now face off with the human hand, a claw ripping through the flesh of gladiators. Soldiers turned to iron by the salt, burnished by heat and agony, they lift us, seafarers, nearly invincible gods, the fishermen lift us, they raise us, tear us from the sea, the men of the *almadraba*, they pull their net and conquest ever closer. The white foam, now red, is left behind, in swirling waters, blood of tuna, blood of sunken kings, our bodies vanquished titans up on deck, below the only hiss left is the anchors', which they will hoist to the beat of their victory, wounded soldiers themselves, squadron of the waters, fishing tackle, they have crossed the sea in their ships, stopped time and currents, for yet another year, in the third month, in a meeting of silver, white glare and red sea. They now head home, and they take us with them.

Lara Moreno



Cuadernos de la Kursala nº 59

Este libro fue publicado con motivo de la exposición «GARVM», de Antonio González Caro, que tuvo lugar en la galería Kursala de la Universidad de Cádiz desde el 17 de febrero al 4 de abril de 2017.

This book was published on the occasion of the exhibition «GARVM» by Antonio González Caro, which took place in the Kursala Gallery of the University of Cádiz from 17 February 2016 to 4 April 2017.

Programación y
Comisariado de Jesús Micó.

Programing & Curatorship
by Jesús Micó.

Servicio de Extensión
Universitaria. Vicerrectorado de
Responsabilidad Social, Extensión
Cultural y Servicios. Universidad
de Cádiz.

Sala Kursala
Edificio Constitución 1812
Paseo Carlos III, 3
11003 Cádiz, España

Gracias a

Dedicado a Manolo Ligeró y Antonio Ponce, porque la pasión por su trabajo le dio sentido al mío. A todos los pescadores que he conocido, tanto los que aparecen como a los que no, por tratarme como uno más siempre.

A Jesús Micó por creer tanto en mí.

A Juanjo y a Gonzalo, por ver lo que solo ellos saben ver.

A Mary Virginia Swanson, porque aún recuerdo sus palabras. A Sandra Balsells y Miguel Oriola, por muchas cosas.

Y por su puesto a mi familia, parte fundamental en mi vida.

Thanks to

Dedicated to Manolo Ligeró and Antonio Ponce, because the passion for their work gave meaning to my own. To all of the fishermen whom I have met, both those in the photos and those who are not, for always treating me like one of their own.

To Jesús Micó for believing in me so much.

To Juanjo and Gonzalo, for seeing what only they know how to see. To Mary Virginia Swanson, because I still remember her words. To Sandra Balsells and Miguel Oriola, for so many things.

And, of course, to my family, such a fundamental part of my life.

Imágenes / Images

Antonio González Caro

Edición / Editing

Antonio González Caro y Gonzalo Golpe

Texto / Text

Lara Moreno

Traducción / Translation

Douglas Prats

Diseño / Design

underbau

Preimpresión / Prepress

La Troupe

Impresión / Printing

Brizzolis

Encuadernación / Binding

Ramos

Depósito legal / Legal

CA 39-2017

ISBN

987-84-617-8036-5

© Imágenes / Images

Antonio González Caro

© Texto / Text

Lara Moreno



Universidad
de Cádiz

Vicerrectorado de Responsabilidad Social,
Extensión Cultural y Servicios



Ayuntamiento de
Conil de la Frontera

